

Regresa Fidel: ¿Y ahora qué?

Domingo Amuchástegui

ES UN HECHO QUE YA NADIE DISCUTE, NI SIQUERA EN MIAMI: FIDEL CASTRO se burló de «La Pelúa» (cubanismo para nombrar a la muerte), y parece estar de regreso en el ejercicio del poder. Su entrevista —junto al impacto mediático de las fotos y vídeo de un Fidel claramente restablecido— con el dirigente chino Wu Guangsheng, condujo a todos los observadores a la misma conclusión. Mientras, se iba a bolina el alud de pronósticos sobre su muerte inminente —incluso ocurrida y oculta— que había inundado la calle 8 y sus alrededores, y las rigurosas predicciones del señor Negrofonte y sus múltiples agencias de inteligencia: Toda una mezcla de mala puntería, ridículos y torpezas; nada nuevo en el quehacer del llamado exilio histórico y de la política norteamericana con respecto a Cuba.

Algunos, aferrados a la muerte que no fue, insisten en que la no aparición pública de Fidel Castro es el mejor desmentido a su pretendida recuperación. Y llegan a afirmar, categóricamente, que los artículos recientes publicados por él son escritos por otros. Se equivocan de nuevo. Los que hayan hecho un retrato psicológico fiable de Fidel Castro y estén familiarizados con su estilo, sabrán que él cuida de su imagen con esmero, pues ha formado parte de sus atributos como conductor de un extraordinario proceso revolucionario como el cubano. Su apariencia física, la estatura erguida de perfil griego (más bien espartano, como es de su preferencia) forman parte de sus atributos psicológicos; es algo importante de lo cual no puede prescindir. La imagen de un viejo acabado, cañengo y casi cadáver es la que él no va a proyectar, y sólo cuando esté en las óptimas condiciones de un anciano perfectamente lúcido a sus 80 años, volverá, más discretamente, a la luz pública. De manera que no ha sido ninguna gravedad extrema, sino esta lucha con su imagen, la que —a mi modo de entender su personalidad— explica su aplazada reaparición pública. En este sentido, es importante leer bien o descodificar correctamente las últimas parrafadas acerca de su salud y aparición pública o no.

Y ahora, cuando para algunos observadores parece haber regresado al poder, cabe discutir esta hipótesis. Anoto al respecto que tal visión o interpretación de un regreso reciente al poder es absolutamente equivocada. Más allá de la provisionalidad de la delegación de poder ocurrida el 31 de julio de 2006 —forzada por las circunstancias de su enfermedad—, suponer que en Cuba se tomó o se toman decisiones fundamentales en las que él no intervenga, es desconocer la realidad cubana y desconocer su personalidad. Él no ha dejado de estar en el control de las decisiones fundamentales, sin que ello suponga —como sí lo era antes— una participación abrumadora en la elaboración minuciosa de todo, en

su ejecución y supervisión. Ese estilo abrumador y detallista ya no existe, y en adelante su capacidad y ejercicio del poder se limitarán a las cuestiones fundamentales, a orientar y decidir desde planos más intelectuales y menos contingentes.

Pero, más allá de su apariencia física y de su capacidad real de dirección, existe otra dimensión importante relacionada con su regreso público, regreso que parece —a juzgar por la frecuencia creciente de sus artículos y por sus encuentros con personalidades— estar muy próximo. Fidel sabe (y junto con él el resto de la dirigencia cubana, desde los más viejos hasta los más jóvenes) que consecuentemente con la forma en que se ejecutó la delegación de poder del 31 de julio, su regreso efectivo debe hacerse también con un cierto grado de formalidad ceremonial y de cobertura mediática. Luego de ocurrido esto, llegaremos al punto de preguntarnos: ¿y ahora, qué?

Sobrevendrá primero un período relativamente corto, durante el cual se realizarán los preparativos para una reorganización y distribución del poder, más acorde con lo que ya, en buena medida, sucede en la práctica. Esto atañerá a la totalidad de los cargos que descansan en su persona: Comandante en Jefe, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y primer secretario del Partido Comunista de Cuba.

Debemos tener en cuenta que esta noción de reorganización y distribución no es del todo nueva en Cuba. En el período de 1989 a 1991, justo antes de la celebración del IV Congreso del PCC la idea cobró forma y fuerza, ganando considerable terreno entre los que preparaban el congreso. No obstante, el contexto de crisis internacional y local que estremeció a Cuba en ese mismo período, hicieron desaparecer de la agenda tal reorganización y, contrariamente, condujo a un reforzamiento de la ya altamente centralizada estructura de poder en torno a la personalidad de Fidel.

Lo anterior viene a mostrarnos que la idea de una total reorganización y redistribución de las funciones claves de poder mencionadas —más las relativas a las FAR y el MININT—, seguida de un mayor proceso de descentralización institucional, estaba ya en las mentes de las figuras claves del poder en Cuba desde fines de los años 80. Entonces, tal idea parecía corresponderse con una racionalidad política atinada, de mayor funcionalidad y evidente democratización del poder. Hoy, sin embargo, no forma parte ya de una racionalidad política, sino de una necesidad imperiosa con plazos vitales muy perentorios, que la ubican en el centro de la agenda política.

Dicha reorganización y distribución de funciones exige la validación correspondiente por parte de un congreso del PCC (aplazado durante diez años), así como por la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ambas validaciones deberían tener lugar —y de ahí la importancia de su regreso público— bajo la presidencia o santificación emblemática de Fidel Castro, con independencia de todos los «amarres» (cubanismo que indica tener asegurado de antemano el éxito de cualquier empeño) que puedan hacerse entre bambalinas con el fin de asegurar una discusión y aprobación no conflictiva. (De este modo se hizo durante la preparación y adopción de la Constitución de 1976, y la de sus enmiendas, en 1992).

No olvidemos que esta reorganización y distribución requerirá modificar, mediante enmiendas u otras modalidades, la actual Constitución. Y un desarrollo de este proceso llevado a cabo con el patrocinio y beneplácito de Fidel Castro, le otorgaría una cuota adicional de legitimidad.

No es difícil suponer o aventurar que, como parte de tales rediseños, la posición de Comandante en Jefe quedará reservada exclusivamente para Fidel, y suprimida luego de su desaparición física. Las otras posiciones y ministerios quedarán en manos del equipo interino que encabezan Raúl Castro, Ricardo Alarcón, Carlos Lage, Felipe Pérez Roque y otros, seguidos por un creciente número de jóvenes dirigentes en sus treinta o 40 años de edad, que ya ocupan el grueso de las posiciones de poder en todo el país. Este es el escenario más probable a desenvolverse en Cuba en los próximos tres a cinco años. Corresponde entonces a los dirigentes más jóvenes el discernir lo que merezca ser salvado y asumido del pasado, para insertarlo en una perspectiva reformada, modificada, con vistas a un futuro de continuidad que no sea la simple prolongación del pasado. Y de la eficacia que demuestren en ello dependerá su propia legitimación.

Todo esto tendrá lugar en una Cuba donde el flujo de ideas, críticas y nuevas aproximaciones, promete ya debates y desenlaces que enriquecerán de manera notable el reajuste de la experiencia cubana hacia un futuro acorde con las experiencias económicas, sociales y políticas más eficaces y avanzadas de un socialismo democrático. Los debates iniciados por los economistas y el gran debate entre intelectuales desatado desde enero pasado —que tendrá nuevos espacios en el próximo congreso de la UNEAC— vienen preñados de alentadoras formulaciones, y encuentran en la estructura de poder más receptividad y respeto que en ningún otro momento.

Estos son, a mi juicio, los componentes y actores primordiales de la situación cubana de los próximos cinco años.